



El Castillo de Guadalerza

I

Del décimo primer siglo
mediaba el último tercio;
reinaba en Toledo Yáhia,
y en los castillos fronteros
de su reino, que batían
las armas de Alfonso sexto,
destacó jefes bizarros
en bravas lides expertos,
nobles, prudentes, altivos,
de belicoso denuedo,
que en cien batallas probaron
el buen temple de sus pechos.
Entre las negras montañas

que al sur del morisco reino
 cierran el paso al extraño
 se oculta un valle risueño,
 y guardando la garganta
 que á su llanura da acceso
 se alzaba una fortaleza
 cuya defensa y gobierno
 por el Rey Yáhia tenía
 un bizarro caballero,
 de noble sangre nacido,
 joven, gallardo y apuesto,
 tan bien quisto de los grandes
 como querido del pueblo,
 y de las moras más bellas
 estimado por discreto.
 Era su nombre Abenámar;
 quien en sus años más tiernos
 vió sucumbir á su padre
 en un combate sangriento,
 y descender al sepulcro,
 herida del dolor luego,
 á su buena y dulce madre,
 quedando en el mundo huérfano
 con un hermano, aún más niño,
 Hasán nombrado, por bello.
 A los lazos de la sangre
 unió la desgracia en ellos
 nuevos lazos que estrecharon
 comunes gustos y el tiempo.
 Jamás Hasán y Abenámar
 vivir ausentes pudieron;
 que en la guerra y en las paces

eran un alma y dos cuerpos.
 Aquel era del castillo
 lugarteniente primero,
 compartiendo con su hermano
 la vigilancia y el riesgo
 que los tiempos demandaban
 de aquellos duros guerreros.
 Ningún temor presentían;
 nada turbaba su sueño;
 que unidos por tales lazos
 eran los peligros menos.
 Así dichosos vivían,
 así los años corrieron,
 sin que una nube empañara
 la pureza de su afecto.

II

La tarde en calma declina;
 el sol corriendo á Occidente
 traspone por la colina,
 y alegre cruza el ambiente
 la parlera golondrina.
 Pasó Mayo con sus flores;
 vino el otoño templado;
 dando sus frutos mejores;
 en los huertos, el granado,
 y la vid, en los alcores.
 De gala viste el castillo;

flámulas y gallardetes
 prestan á sus torres brillo,
 y del abierto rastrillo
 surgen apuestos jinetes.
 Lucen en brutos pujantes
 bordadas sillas brillantes
 con petrales y caireles;
 rojos llevan los turbantes
 y blancos los alquiceles.
 Poniente el sol reverbera
 en la dorada estribera;
 brillan los frenos de plata,
 y descendiendo la ladera
 la lucida cabalgata.
 Camina el primero Hasán,
 y en diez nevados corceles,
 de vivo y noble ademán,
 siguiendo sus huellas van
 diez arrogantes donceles.
 En correcta formación
 marcha luego el escuadrón
 que Abenámar rige y guía,
 cuando ótra hueste venía
 en opuesta dirección.
 Mueve el caballo lozano
 de sus donceles seguido
 Hasán, galopando el llano,
 hasta ponerse cercano
 del grupo desconocido.
 Y al mirarse frente á frente
 de los que van á su encuentro
 sintió nublarse su mente

y salirsele latente
 el corazón de su centro.
 Y es, que bajo de un turbante
 de blancura deslumbrante
 se le mostró, de improviso,
 el hechicero semblante
 de una huri del paraíso.
 Flor que en los ricos pensiles
 del Betis creció dichosa,
 es en sus tiernos abriles
 cáliz que puro rebosa
 en encantos juveniles.
 Tez de nieve, dulces ojos
 azules, claros y bellos,
 labios delgados y rojos,
 blondos y largos cabellos
 que al mismo sol dan enojos.
 ¡Quién que la dulzura viera
 de su apacible mirada
 sospechara ni creyera
 que un alma de fuego hubiera
 en aquel cuerpo de hada!
 Es hija de Aben-Kadia,
 noble que en Andalucía
 es Alcaide de una fuerza,
 y por esposa la envía
 al señor de Guadalerza.
 Hasán turbado la mira,
 ella se acerca á su lado,
 enamorada suspira,
 le llama su bien amado
 y el pobre joven delira.

Abenámar llega en esto
y del suceso advertido,
á su pesar, frunció el gesto,
pero se repuso presto
pues todo un error ha sido.
Zoraida, la linda mora,
que nunca á Abenámar viera,
conoce su engaño ahora
y se acerca seductora
al esposo que la espera.
Y aunque veló su intención
los afectos que sentía
llevó la equivocación,
á su cara la alegría
y el luto á su corazón.
Burlándose de su error,
al lado de su señor,
al castillo va la hermosa,
donde no la hará dichosa
de Abenámar el amor.
Y en pos de los dos esposos
los dos amigos cortejos
van unidos y vistosos
para celebrar, gozosos,
los preparados festejos.
Ya, de la pasada escena
repuesto Hasán, marcha en calma
con faz alegre y serena,
llevando oculta su pena
en lo profundo del alma.
Las bodas se celebraron
con inusitado brillo;

todos alegres gozaron;
sólo tristes se miraron
dos almas en el castillo.
La grata fiesta acabó;
el cortejo andaluz luego
contento se despidió,
y el castillo recobró
su misterioso sosiego.

III

Es el amor magnético fluido
que el alma humana por los ojos bebe,
la embarga, y lleva su ponzoña aleve
al corazón, que se le rinde herido.
Fórmase en él su predilecto nido;
la sangre inflama que el latido mueve
é inunda todo el ser, que deja en breve,
á sus bárbaras leyes sometido.
Ni yugo sufre, ni razón consiente,
ni el temor le detiene, ni hay abismo
que no salve, con fe siempre creciente.
Encerrado en su pérfido egoísmo,
sólo espera curar el mal que siente
en la insana pasión del amor mismo.

IV

Sintió de ese mal extraño
 Hasán la ingrata dolencia
 y se propuso en la ausencia
 hallar remedio á su daño.
 Se fué á la guerra y buscó
 en los combates la muerte,
 pero, piadosa la suerte,
 su existencia respetó.
 Pasó el tiempo y no pasaba
 la dolencia que sentía
 porque el mal de quien huía
 consigo mismo llevaba;
 siendo tal su aberración
 que, ya despierto ó soñando,
 estaba siempre mirando
 la causa de su pasión.
 Y, al fin, juzgando locura
 que la experiencia desmiente,
 al amor que el alma siente
 buscar en la ausencia cura;
 sintió sus penas crecer
 y de la lucha vencido,
 como vuelve el ave al nido
 pensó al castillo volver.
 Allí, se dijo, extasiado
 mientras escucho su acento,
 si muero de sentimiento
 podré morir á su lado.

Luego, resuelto, tomó
 en su caballo el camino
 y esclavo de su destino
 al Guadalerza marchó.
 Seis meses han transcurrido
 desde que Hasán lo dejara,
 y por coincidencia rara
 en ese tiempo ha sufrido
 Zoraida mal tan cruel,
 que por extraña manera
 se han trocado en flor de cera
 sus mejillas de clavel.
 Una nostalgia sombría
 dejó su pecho sin calma
 y tendió un velo en su alma
 de triste melancolía.
 No hallaba en su enfermedad
 alivio, paz ni reposo,
 y alejada de su esposo
 buscaba la soledad.
 Unicamente olvidaba
 aquel doloroso afán
 cuando del ausente Hasán
 alguna nueva escuchaba.
 Y Abenámar que notó
 aquel extraño cuidado,
 con el pecho destrozado
 amargos celos sintió;
 y entre prudente y confuso
 acordó disimular
 su desdicha, y á esperar
 los sucesos se dispuso.

Así las cosas, un día
de Marzo, triste y lluvioso,
cuando con rostro medroso
el sol su luz escondía,
al Guadalerza llegó
un bien armado guerrero
que con acento altanero
á la poterna llamó.
Era Hasán, y al conocerle
sus antiguos servidores
por patios y corredores
todos salieron á verle.
Oyó Zoraida gozosa
la nueva de la llegada
y á un ajimez asomada
le saludó cariñosa.
Y cuando fué del suceso
Abenámar avisado,
se sorprendió, contrariado
del imprevisto regreso.
Pero, prudente, ocultó
el enojo que sentía,
buscó á Hasán, fingió alegría
y en sus brazos le estrechó.
A Zoraida se reunieron;
y en el castillo después
¡cuántos afectos los tres
ocultaron y fingieron!
Que en mentida confianza
moraban bajo su techo
con la borrasca en el pecho
y en el rostro la bonanza.

V

Fué recobrando de Zoraida hermosa
la tez de nieve y rosa
sus antiguos colores y alegría;
de Hasán al corazón volvió la calma;
sólo creció en el alma
de Abenámar la duda que sentía.
Ya dormido soñara, ya despierto,
por el contorno incierto
de un horrible fantasma perseguido
ciego y celoso se creyó burlado,
por su hermano engañado
y por la esposa que adoró vendido.
Trocóse su carácter apacible
en brusco é irascible;
velaron sombras su semblante adusto;
vió en Hasán un rival siempre en acecho
y herido del despecho
trató á Zoraida con rigor injusto.
Ella, infeliz, esposa sin ventura,
devoró la amargura
que el contrario destino le ofreciera,
viendo crecer el fuego miserable
de aquel amor culpable
que en hora infausta por Hasán sintiera.
Ya del trato del joven separada
en su cuarto encerrada

por orden de Abenámar residía,
 hiriendo el aire con lamentos vanos,
 mientras los dos hermanos
 se odiaban con más fuerza cada día.
 Tanto como Abenámar indiscreto,
 falto Hasán de respeto,
 con altiva fiereza se miraban,
 que si el uno de amor enloquecía,
 el otro se moría
 de los celos que el alma le abrasaban.
 Aumentaba de Hasán el sufrimiento,
 más que el propio tormento,
 la prisión de Zoraida, y atrevido,
 queriendo poner fin á sus afanes,
 iba tejiendo planes
 que burlaba la astucia del marido.
 Cansado al fin, sin freno ni cordura,
 no hallando en su locura
 medio de hablar ni ver á la que amaba,
 al pie del ajimez donde vivía,
 una noche sombría
 dulce guzla pulsó y así cantaba.

VI

Bellísima castellana
 en cuya frente lozana
 se refleja la mañana
 con su máspreciado albor;

oye los cantos de amores
 con que llora tus rigores
 al pie de tus miradores
 un rendido trovador.
 Abre ya tu celosía
 y escucha la guzla mía
 que hará con dulce armonía
 tu pecho de amor latir;
 óyeme, ninfa hechicera,
 esbelta y gentil palmera,
 cuya rubia cabellera
 envidia el oro de Ofir.
 Salga á calmar mi querella
 de tus ojos la luz bella,
 que no hay un sol ni una estrella
 que compita con su luz;
 huri de labio riente,
 hija del Betis luciente,
 rica perla del oriente,
 maga del suelo andaluz.
 Pluguiera no conocerte
 cuando al dolor de no verte
 aún puede añadir la suerte
 otro tormento mayor;
 si al fin de mi amante empeño
 ha de gozar otro dueño
 las venturas con que sueño,
 el morir fuera mejor.